

Todavía hoy no puedo explicarme cómo me convenció para seguir escuchándole. Lo cierto es que cuando salí de aquella habitación le había dado palabra formal de esperarle dentro de tres días, a las tres de la madrugada, en la Alameda.

Durante aquellos tres días no vi a Miguel. Y creo que no hubiera acudido a la cita si la víspera una imprevista llamada telefónica no me hubiera recordado:

—A las tres, en la Alameda. Lo tengo todo listo.

Aquella noche, mientras me vestía aún dormido, dudaba si el que yo veía en aquel momento en el espejo de mi habitación y que tanto se parecía a mí, estaba cuerdo o no.

Efectivamente, estaba todo listo. Miguel me llevó en su coche hasta un terreno en... (Bueno, comprenderéis que no diga dónde.)

Lo primero que vieron mis atónitos ojos fue el... el delirio del chatarrero, pero hecho realidad.

—¡Manos a la obra! ¡Sostén esta broca! ¡Dame ese tubo! ¡Enchufa esta goma! ¡Vete al motor y dale al arranque!

Como un autómatas iba yo ejecutando todo cuanto Miguel me indicaba. Finalmente tiré del arranque. He dicho antes que Miguel era el mejor mecánico del mejor taller. El motor funcionó a la primera.

La broca descendió con suavidad. El suelo comenzó a perforarse como mantequilla.

—¡Un metro!

—¡Dos metros!

La voz de Miguel, con un timbre extraño, cantaba la profundidad que iba alcanzando la perforación. El rítmico zumbido del motor le hacía un acompañamiento impresionante.

Jamás olvidaré aquella escena: Miguel apoyado en sus hierros, con los ojos brillantes clavados en la perforadora; los tubos recortándose en el cielo que ya el sol naciente empezaba a amarillear; un pequeño campo, todavía húmedo de rocío y un arroyuelo tímido cuyas aguas se irisaban con unas manchas de algo que olía a petróleo.

—¡Tres me... tros! —balbució Miguel.

Yo sólo pude gritar como un loco:

—¡¡¡Petróleo!!! ¡¡¡Petróleo!!! —mientras, un chorro negro me bañaba.

Miguel estaba de rodillas en un charco oscuro y pegajoso y llorando de emoción decía una y otra vez:

—¡Lo conseguí! ¡Lo conseguí!

En cuanto reaccionó intentó parar el chorro. Era imposible. El petróleo, al parecer excelente, brotaba incontrolable y todos nuestros esfuerzos por taponar la salida fueron vanos.

Luchamos todo el día sin conseguirlo. Al final, Miguel confesó que la importancia del yacimiento le había sorprendido. Un enorme charco llenaba todo el terreno. Había que marchar rápidamente al pueblo y traer una serie de elementos. Me preparó una interminable lista de encargos, me entregó un talón con cargo a todos sus ahorros, y quedé en volver con un camión al día siguiente, mientras él se quedaba de guardia y clavaba unos cuantos carteles de:

“Se prohíbe la entrada”, “Peligro”, “Prohibido fumar”.

Me costó preparar los encargos. Pero para las primeras horas de la mañana siguiente lo tenía todo listo. Fue en el último momento, cuando me dirigía a buscar el camión, cuando ocurrió lo imprevisto. Al principio me pareció que no oía bien. Y pensé que eran imaginaciones mías. Luego distinguí con claridad:

—¡Petróleo en Rentería! ¡Petróleo en Rentería —la voz del vendedor de periódicos lo anunciaba a grito pelado.

Compré un diario. La vista se me nubló. Vi la foto de Miguel. Vi su artefacto. Vi la Guardia Civil. Y vi unos grandes titulares que daban la noticia del año:

“SABOTAJE EN LOS NUEVOS DEPOSITOS DE LA CAMPSA. PERFORAN UNA PIPE-LINE.”

—¿Le pasa algo, señor?

—No, nada —dije tartamudeando. Y para disimular me puse a soplar en mitad de la Alameda por un tubo de goma de diez metros de largo.

Rentería, Julio de 1964.

HISTORIA

Del capítulo XV, que se titula “Privilegio de erección en villa del lugar de Orereta, o Rentería, por el Rey don Alfonso XI en el año de 1330, etc., etc.”, de la exhaustiva “Historia de Rentería” que con tanta laboriosidad como amor a su pueblo —años enteros de dedicación a la obra— escribiera don Juan Ignacio de Gamón, el clérigo al que tanto por su ascendencia como por su entrega a la defensa de los “derechos, franquezas y libertades de la Villa”, podemos apelar El Renteriano, copiamos solamente el párrafo en el que anota lo que, del origen de nuestro pueblo, escribiera otro gran historiador:

“El doctor Isasti se explica sobre la villa de Rentería diciendo que al principio se llamó el lugar de *Orereta*, y después mandó el Rey don Alonso al Concejo de Oiarzun que lo cercase y poblase para remedio de los robos y daños que se le hacían, y se llamase Villa Nueva de Oiarzun y gozase y

poseiese todos los términos y *puertos*, Fueros y libertades y el Fuero de la villa de San Sebastián; y a este fin le erigió el Rey con título de villa, otorgándole carta de Privilegio en Valladolid a 5 de Agosto de la era de 1358 o año del nacimiento de 1320, pero que conservaba su nombre primitivo Rentería.”

A quienes no conozcan la obra que citamos, debemos advertir que solamente este capítulo dedicado al “Privilegio...” abarca más de diez páginas de gran formato y letra apretada, y que los 45 restantes no son menos. O sea, lo que hoy llamamos un rollo. Pero podemos añadir que se trata, para los renterianos al menos, de un rollo curioso e interesante, pues del Rentería de hasta el siglo XIX lo dice todo o casi todo. Sabemos que no quedan muchos ejemplares de este libro y que, por tanto, no resulta fácil adquirirlo, pero sin embargo, y para quien le interese conocerlo, sabemos puede consultarlo en la biblioteca municipal. Animarse, que merece la pena.